

matrimoniales de Lutero: «Está visto, las herejías concluyen como las comedias, en casamiento.»

Poco antes de celebrarse su boda decia Lutero, dirigiéndose á algunos de sus sectarios: «Gústame por extremo los matrimonios de monjas y frailes; gústame este llamamiento á los maridos tan diverso de los antiguos obispos de Satanás. Puesto que Dios ha criado á la mujer, tal como debe ser para el hombre, no preguntemos mas; Dios está de nuestro lado. Honremos el matrimonio como ministerio honrosísimo y divino. Este género de vida fué el primero que plugo á Dios darnos; es el que ha mantenido perpetuamente, y el postrero que glorificará.» Y en otra carta, dirigida á los que le preguntan porqué vacila en casarse, contesta: «Pudiera suceder que me decidiese á despecho del diablo, si mis enemigos se empeñan en calumniarme. Todavía espero, sin embargo, que no logren turbar mi valor.» Lo cierto es que se hallaba muy apartado de toda idea de matrimonio, cuando le dicen cierta frase pronunciada por uno de sus mayores adversarios, frase que le decide resueltamente y que es como la causa ocasional de esta grave trasformacion de su vida. Merece citarse. «Si el monje Lutero se casa, el mundo todo y el diablo mismo se reirán de él á mandíbulas batientes; y habrá deshecho todo lo que antes hiciera.» Esta frase obró en el ánimo de Lutero como no habian podido obrar las miradas y los halagos de Catalina de Bora, esta frase le decidió al casamiento.

Tan léjos estaba el reformador de toda idea y de todo proyecto de ese género, que iba presentando uno por uno sus amigos á la consideracion de la exclaustrada, para que escogiese y tomase á uno de ellos por esposo. Pintábale con vivos colores la prestancia de este, la riqueza de aquel, los talentos y las prendas de todos cuantos ofrecia continuamente á su amor. En el interés de Lutero entraba por mucho la necesidad de casarla para preservarse de las obligaciones morales contraídas por el influjo que su palabra ejerciera sobre aquellas monjas, á las cuales habia sacado de la paz sepulcral de sus conventos. Catalina, ora fuese por desamor á los diversos candidatos, ora fuese por esperanza de rendir al hombre mas célebre de su tiempo, negábase á todo matrimonio; y Lutero, sin adivinar el sentido secreto de aquellas negativas, continuaba presentando novios y sintiendo los repetidos desaires; con lo cual se demuestra bien á las claras que no le poseia ni

siquiera un asomo de amor. Tiene nuestro inmortal Calderon magnífico drama titulado, «El Mágico prodigioso.» Y un doctor de la Iglesia como Lutero, un apologista del Cristianismo como Lutero, un sabio como Lutero, Cipriano, se dirige á la hermosa Justina, proponiéndole en matrimonio unas veces á Lelio y otras veces á Floro, sin proponerse jamás él mismo, sin duda porque, como Lutero, ni sentia entonces amor ni estaba resuelto al casamiento. Pero cierto dia, en una de estas entrevistas, sus ojos se fijan sin quererlo en los ojos de la hermosa jóven, cuando intercede por uno de sus pretendientes; y se turba, y se desasosiega, y se sale como de dentro de sí mismo, y exclama: «Estoy hablando por otro y estoy sintiendo por mí.» Nada de esto le sucedió á Lutero; habló por los pretendientes de Catalina sin que le vinieran á los labios las expresiones de Cipriano. Pero un dia, oye la exclamacion de uno de sus enemigos, y en vez de menospreciarla en sí, ó de responderla con cualquier género de respuesta, se casa, no para satisfacer su corazon, sino para encontrar un argumento. Hállase muy léjos de ser el amator rendido que invoca febrilmente á su amada, porque no puede vivir sin ella; antes parece el sectario que, metido en sus polémicas, procura por todos los medios imaginables derrotar á sus contradictores, y en este empeño se casa, como un Rey por razon de Estado, por razon de doctrina, por razon de partido, por razon de secta, por todo menos por móviles profundamente íntimos, por todo menos por impulso del corazon enamorado.

Los defensores de Lutero dicen que deseaba dar esta prueba viva de consecuencia con sus principios y de lealtad á sus enseñanzas. Su corazon anhelaba mostrar la repugnancia que debe tener toda alma cristiana por el celibato y unir á las voces de la conciencia los ejemplos de la vida. No lo discutiremos; el amor se impone al comun de los mortales con soberana é incontrastable imposicion. La ley de la oposicion de los sexos, que se buscan y se aman para completarse, indudablemente es la ley universal de la naturaleza. Diríase que hasta las cosas inanimadas aman. La cohesion de las moléculas en los cuerpos inertes por medio de la afinidad; el enlace de los mundos en el espacio por medio de la atraccion; el camino que siguen los satélites en pos de sus tierras y las tierras en pos de sus soles; el estremecimiento de las hojas en el cáliz de la flor y el cántico de las avecillas sobre los círculos de sus

nidos; las palpitaciones del corazón y los movimientos de los orbes; el gran todo, en una palabra, parece animarse y enrojecerse en las divinas llamas del amor que reúne en sí las fuerzas creadoras de la naturaleza. Nadie, como el hombre, necesita de esta pasión suprema para vivir y conservarse. Compuesto misterioso de alma y cuerpo, desde los átomos que componen sus huesos y sus fibras, que circulan por su sangre, que se aglomeran en su médula y en su cerebro hasta las ideas más sublimes de su mente y las inspiraciones más vivas de su fantasía y los sentimientos más rudimentarios de su corazón ¡ah! necesitan del amor, del soberano impulso que determina tanto nuestra voluntad á la acción como nuestra inteligencia al pensamiento. Cuando escucháis una de esas melodías de Bellini que os arrojan, ó veis una de esas Vírgenes de Murillo que os traen el cielo á la tierra, ó sentís las sienas latir al ardor de las ideas despertadas por los sublimes versos de Calderón, agradecédselo á la eterna melodía que inspira toda música y á la inmortal Fornarina que sirve de tipo á toda pintura y á la musa que se esconde pudorosa en toda poesía, es decir, á la pasión de las pasiones, agradecédselo al amor. La Iglesia en su simbolismo verdaderamente maravilloso ha envuelto á la mujer en céruleo manto, la ha ceñido de estrellas, la ha calzado con la luna, le ha puesto por cabellera el éter de la luz increada, la ha circuido de ángeles que derraman rosas en su camino á lo infinito, le ha consagrado letanías inextinguibles que la comparan con las más bellas cosas del Universo como los lirios y los astros, que la llaman consuelo, salud, alegría, delicia, y divinizándola casi en la inmaculada María, no ha podido, no, agotar todos los loores debidos á la mujer como hija, como amada, como esposa, y sobre todo, como madre. La vida de todos los días sin la mujer apenas tiene precio. La lumbre del hogar, que ella no anima, se extingue pronto. El santuario de la casa, que ella no habita, se queda en ruinas y desierto. Sobre todo el corazón donde ella no late, se paraliza, y si no se paraliza, da una vida muy semejante á la muerte. Y la institución social, que más perfectamente corresponde al amor, es la institución del matrimonio. Mas hay que desengañarse; no puede, no, irse al matrimonio sino por la elección, ¿qué digo la elección? por el impulso ciego, fatal, incontrastable que lleva los cónyuges á estrecharse mutuamente en sus brazos y á confundir sus almas en una sola vida.

Más, en la riqueza de la vida humana, esta ley ¿no sufre algunas excepciones? ¿No se han visto individualidades muy altas, de esas que han iluminado los siglos, solas y aisladas en las cumbres de su inaccesible grandeza? Un descubridor que debe arrostrar todas las inclemencias del cielo y de la tierra para en su ministerio añadir nuevos fragmentos al planeta; un pensador que necesita abstraerse de todo cuanto le rodea, reconcentrarse en sí mismo, vivir de la vida espiritual para esclarecer algún abismo de la naturaleza ó del espíritu; un misionero que atraviesa los desiertos llenos de víboras y las selvas envenenadas de miasmas para despertar la divinidad de la conciencia en el seno de los salvajes; un artista ó un repúblico que respiran para el culto religioso de su inspiración y para el progreso social de la humanidad, necesitan muchas veces tener por única esposa del alma su causa y dejar por única posteridad sus obras. Dígase lo que se quiera, hay indudablemente cierta incompatibilidad entre la vida del sacerdocio y la vida del matrimonio. Será quizás superstición nuestra; será uno de esos ídolos, como Bacon les llamaba, forjados por la costumbre y puestos en el altar de nuestros afectos por las vulgares supersticiones de la educación; pero nosotros solo concebimos al sacerdote, viviendo para los demás sin tener ni sentir él mismo los goces de la vida; consagrado á todos los que sufren por las tristezas de su condición; dispuesto á bendecir la familia ajena sin tenerla propia, y á bautizar el niño que viene á la vida, sin conocer los goces de la paternidad; y á ir donde quiera que se padece y que se llora en este mundo, al calabozo del preso, al lecho del enfermo, á la agonía del moribundo, á la descomposición del difunto hasta caer de rodillas junto á los cadáveres, cuando todos los abandonan, y darles tierra, y sobre la tierra regada con lágrimas y bendecida con oraciones, encomendar á la misericordia de Dios la esencia del alma que acaba de huir al organismo destrozado por la muerte. Lo cierto es que la historia universal proclama como una verdad averiguada lo saludable que fué al bien de la humanidad el celibato eclesiástico, por cuya virtud se exentó la Iglesia católica de caer en el feudalismo y entró la democracia en aquella sociedad de hierro por medio del sacerdocio. Y aun hay más. La historia nos presenta excepcionales seres, dotados de milagrosas vocaciones, los cuales no han sentido esa necesidad de la familia, impuesta por Lutero como indispen-

sable condicion al ministerio del sacerdocio cual imponen los católicos el celibato. Platon, Virgilio, Miguel Angel, Newton, Kant, esos sublimes solitarios, vienen á demostrar la verdad de nuestro aserto. Y Lutero, casándose por razon de Estado, nos dice cuán poco habia sentido la verdadera naturaleza del amor y cuán cerca se encontraba tambien de esas inaccesibles cimas en las cuales han vivido, solitarios y aislados, ciertos excelsos ingenios que parecen haber querido desmentir en su vida leyes universales de la naturaleza.

Sin embargo, el matrimonio de Lutero fué felicísimo y el interior de su hogar mereció el universal respeto de todos sus conciudadanos. Hijo aquel matrimonio de un arranque, logró exentarse de las imperfecciones anejas á toda improvisacion. Por lo mismo que temia insalvables impedimentos puestos por los que le rodeaban, aceleró el monje la terminacion de aquel proyecto. El 3 de junio de 1525 aseguraba que no se casaria jamás; el 13 de junio del mismo año pedia su amor á Catalina sin haber comunicado tal propósito á ninguno de sus amigos; y el 24 de junio daba su comida de boda. Para cohonestar este cambio decia las siguientes palabras: «Caséme, no en la esperanza de vivir largo tiempo, sino al término de mi carrera, viendo el encarnizamiento con que todo el mundo se ensaña en mí, grandes y pequeños, poderosos y débiles. Y como pudiera suceder que á mi muerte se intentara por algunos ahogar de nuevo mis doctrinas, he querido, antes de mi último trance, sancionarlas con mi ejemplo, á fin de tranquilizar las conciencias tímidas.» Como se ve por las mismas palabras del doctor, no se le ocurre ninguna otra razon á su matrimonio, mas que la necesidad de un ejemplo corroborador de su doctrina.

En esta boda, Dolzig, mariscal del Elector, le regaló un poco de caza; la ciudad de Witemberg varios toneles de cerveza; el claustro universitario una copa de plata sobredorada, en la cual resplandecen las artes del Renacimiento. Su anillo de boda llevaba en relieve un Crucifijo, y una inscripcion alemana, en la cual se contenia esta sentencia: «No separe jamás el hombre lo que Dios ha unido.» Las mismas cucharas de la comida de boda tenian la imágen del Salvador é inscripciones varias en griego, latin y hebreo. El traje de boda, que llevaba Catalina, componíase de un tocado, que recogia la cabellera con

espesa red, pendiente de una especie de diadema, y de una vestimenta ajustadísima en guisa de sotana, que dejaba ver el cuello ceñido por blanca camisa ajustada con rico broche, en torno del cual corria una cadena, la cual daba tres ó cuatro vueltas sobre el pecho, siendo su principal adorno los muchos anillos que la desposada ceñia con gran cuidado á sus blancos dedos y los varios bordados de colores que daba á las telas el aspecto y los visos de lujosos y relucientes brocados. Unas sencillas ágapas completaron todas las ceremonias de aquel célebre suceso.

Pública razon pudo ser causa de este cambio en la vida particular de Lutero, mas una vez gustada, dióse por completo á la felicidad doméstica. Para colmarla, vino al poco tiempo un hijo, al cual le puso por nombre Juan. Ni el alma de la madre mas tierna podia cuidar de las prendas de su corazon como cuidaba el antiguo monje de su pequeñuelo. Si alguna vez salia de viaje, enviábale cartas escritas con maternales entrañas y en estilo verdaderamente infantil. Pintábale con los mas vivos colores un jardin delicioso, y lleno de pequeñuelos que, vestidos con trajes de oro, cogen de las cargadas ramas cerezas, ciruelas, pomas, cantando y saltando, caballeros en potrillos enjaezados con bridas de pedrería y gualdrapas de plata. Estos niños, contaba el reformador, son aquellos que gustan de leer y de rezar, y que además tienen fe para su alma y compasion para el alma de los demás. Por consiguiente, decíale á su hijo que lo llevaria allí para que comiese ricas manzanas y jugara con sus compañeros y subiera en los caballitos á condicion de ser bueno, pues en premio á su bondad recibiria flautas, tambores, violines y toda suerte de instrumentos colgados alrededor de verdes y extensas praderas, aparejadas todas al juego y á las fiestas.

Pero los goces de la familia, como todo, hallábanse contrastados por los dolores á ella anejos. Una niña, llamada Isabel, que le naciera en 1527, murió, al año de nacida, dejándole un dolor tan acerbo que él mismo no se daba cuenta de la ternura y de la profundidad con que los padres aman á los hijos, hasta el supremo instante de tan terrible separacion. A pesar de que, á través de los consuelos procurados por la fe cristiana, los niños muertos en edad tan tierna se ven como ángeles en la inmensidad del cielo, no podia Lutero contener el torrente de sus lágrimas y parecíale que un custodio de su vida en-